

EL MOTÍN

Año XLIII

Madrid, Sábado 2 de Junio de 1923

Número 22.

EL MOTÍN

PERIODICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

PRECIO DE SUSCRIPCIONES

MADRID		ULTRAMAR Y EXTRANJERO	
Trimestre..	1,50 Ptas.	Año.....	10,00 Ptas.
Semestre..	3,00 "		
Año.....	5,00 "		
PROVINCIAS		CORRESPONSALES	
Trimestre..	1,50 Ptas.	26 números.	1,50 Ptas
Semestre..	3,00 "		
Año.....	5,00 "		

El pago de las suscripciones se adelantado.
Número suelto, 10 cts.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Calle de Alberto Aguilera, núm. 52.-MADRID.

SALILLAS

¡Viva Salillas! Un joven radical, Rufino Estraña, saludó con ese vitor á don Rafael Salillas cuando, para pronunciar su discurso, se puso en pie y adelantó á la tribuna en el escenario del teatro de la Comedia. Y recogió el viva y comenzó su discurso diciendo: «Vive Salillas, aunque doliente, enfermo, maltrecho, y la poca energía que le resta la va á emplear en esta propaganda...»

Los que por primera vez le vieran y oyeran creerían pura retórica el exordio; mas los amigos antiguos, al verle delgado, pálido, apreciamos con pena la sinceridad de su lenguaje y sentimos aquel estremecimiento, aquel pavor que conmueve hasta los seres inanimados al paso de la Intrasa.

Eso fué el 22 del pasado abril, y el 22 de mayo fallecía el señor don Rafael Salillas. Grito con el entusiasta del mitin: ¡Viva Salillas! ¿Quiero adelantarme á la posteridad? ¡Soy un oficiente exaltado por la amistad en esta hora triste de las alabanzas! Quiero significar con esta parodia de una antigua y no se sé si desusada ritualidad cortesana: «El rey ha muerto, ¡viva el rey!», el deseo de que no muera, de que arraigue, se perfeccione y perdure aquello que en teoría y en práctica, en artículos, libros y conferencias y en la dirección de la Cárcel de Madrid, en la Escuela de Criminología,

y en diversos institutos, asociaciones y centros fué sueño, ideal, anhelo, musa de don Rafael Salillas, la inspiradora de sus más bellas páginas escritas y de sus más bellas oraciones habladas, y de sus buenas acciones en las direcciones é inspecciones que con talento, conciencia y voluntad desempeñó.

Salillas era médico. «Soy un médico inofensivo, porque no ejerzo», dijo el día 27 de abril en el mitin electoral celebrado en el Casino Republicano de la calle de los Abades, donde pronunció un magnífico discurso, tras haber dado tres clases en la Escuela de Criminología y haber hablado en otro comicio, en el del distrito de Chamberí. ¡Cinco discursos en un día tan cercano al de su muerte! Era médico Salillas; el título de licenciado en Medicina se lo firmó en 1873 el Gobierno de la República. Era su profesión. Y sus lecturas y aficiones literarias (escribió un drama que no recuerdo si le estrenó Rafael Caívo) fueron como prolegómenos y estudios preparatorios de lo que había de constituir la única profesión y el apostolado de su vida, ó de lo mejor de su vida.

La lectura de la novela picaresca le descubrió su verdadera vocación. Leyó, releyó, estudió lenguaje y costumbres, visitó cárceles y presidios, encontró su camino; y como los desengañados y los abrasados de misticismo entran en un convento y abrazan una regla religiosa, Salillas se abrazó á la cruz de la reforma penitenciaria.

Cruz fué para él, y pesadísima y dolorosa cruz, en la cual no faltaron los que pretendieron crucificarle ni los que procuraron afrentarle. Sufrió motines urdidos solapadamente, fué objeto de un atentado, fué víctima de burlas, de escarnios y de injurias; de todo, hasta de ingratitudes y de traiciones, salió incólume, conservando la fe en el ideal y la confianza en los hombres.

La mejor obra del pensador, del antropólogo, del sociólogo, del criminalista, del profundo conocedor de la picaresca, es la que no escribió, la que realizó como director de la Cárcel de hombres de Madrid.

¿Qué hizo? Interpretar racional y humanamente el reglamento. Parece nada, y es mucho. Daba lo suyo al preso, en el sentido recto y honrado de la frase, no en el apicarado de atizar una tunda al que reclama. Dentro del reglamento, que priva sólo de libertad, al procesado, no más que de libertad,

concedió la merced de libros, de periódicos, de pluma y de cuartillas, de visitas en el locutorio á los que sufrían prisión preventiva. Aumentó las horas de paseo, dejó entornadas las puertas de las celdas cuando el calor abrasa, procuró que trabajara el mayor número de presos y que no les estafaran los contratistas; veló por que la comida fuera sana, y no como suele ser en los presidios, bazofia repugnante; á las celdas de castigo llevó camas, y no prolongó más de lo que el reglamento consiente la estancia en ellas (años se ha tenido amarrado en blanca en San Miguel de los Reyes, ¡años!); se esforzó en que tuvieran ropa de cama limpia todos los reclusos y en que las celdas estuvieran lo más decorosas que fuera posible (todavía existía el zambullo, vergüenza hasta hace poco de la Cárcel Modelo); abolió la ilegal pero subsistente pena corporal, y en la cárcel no hubo armas prohibidas en poder de los presos, ni varas ni vergajos en manos de los carceleros.

Salillas se esforzó en conseguir que las cárceles no fueran cementerios de vivos y que al carcelero reemplazara un funcionario técnico con autoridad, ciencia y conciencia. En el logro de esos dos fines puso su saber, su talento, su perseverancia y aquel su sano, generoso optimismo á prueba de ingratitudes, desdenes, burlas é invectivas.

Salillas fué para mí, no sólo correligionario, no sólo amigo; fué director. Como á tal le respeté, le obedecí y le estimé cuando estuve preso.

El director, que era el primer preso de la cárcel, el preso más aprisionado, no vestía uniforme; siempre estaba en su puesto, que era, no su despacho, sino todo el establecimiento. Recuerdo bien dos de sus acciones. Daba conferencias semanales; le oía una, la que dió á los que habitaban en las celdas de la galería cuarta, que era entonces, por estar en ella los *quinceños*, los detenidos gubernativamente, los *hampones*, galloferos y pícaros, la más bulliciosa y desmandada, la *golf* de las cinco galerías: la primera, de los *caballistas* presos, que pagan su celda doble y reciben comida de fuera, y de los *micos* (los menores de edad); la segunda, de los encerrados ya por delitos contra la propiedad; la tercera, la tétrica, porque sirve de paso á la capilla, y cuando ejecutan, al patíbulo; la cuarta, de que he hablado, y la quinta, que es, ó era, el correccional.

A los desarraigados hampones de la cuarta habló Salillas, muy sencillamente, en tono familiar. Supo llegar al alma de su auditorio. Hizo llorar á los propensos á la burla, y tuvo que increparlos autoritariamente para dominar en ellos, no una rebelión, sino manifestaciones de entusiasmos. Aplaudían, lloraban aquellos pobres, y juraban que se redimirían por el trabajo y la virtud.

«¡Bah!—dirán los prácticos, los escépticos, los rutinarios—. ¡Un momento pasajero!» ¿Y qué? El que es capaz de elevarse un instante, es superior al que jamás se conmueve, ni exalta, ni entusiasma. Vibraron aquellas miserables almas, y con su vibración á la voz de Salillas demostraron que no estaban muertas para el bien, ni corrompidas para el mal.

Concedió á un sentenciado que á un presidio iba á ser trasladado, el consuelo de poder ver, no en el locutorio, sino en el Centro de Vigilancia, y abrazar á su hijo. Y Salillas padeció, porque en los ojos de los demás presos leyó la repulsa contra aquel privilegio, y dispuso que los domingos pudiesen, los que tuviesen hijos, recibir su visita dentro de la cárcel, previo el obligado registro para evitar que entraran armas y bebidas alcohólicas. Muy criticada fué aquella buena acción, de la que algunos reclusos abusaron.

La asistencia de Salillas á un almuerzo con el cual se festejaba la libertad de don Juan Antonio Catena, fué pretexto habilidosamente utilizado para desposeerle de la dirección. En un momento crítico volvió á ocuparla, y con sólo su presencia y la autoridad de su nombre, sin la cooperación, que rechazó, de la fuerza pública, se impuso y devolvió la paz á la prisión.

Discípulo de doña Concepción Arenal y hermano del coronel Montesinos puede justamente llamarse á este don Rafael Salillas, que ha conseguido con su labor persistente crear un Cuerpo de Prisiones inteligente y apto, lo contrario, lo opuesto á los antiguos carceleros, llevar hacia estos temas la distraída atención del público y reformar la vida penitenciaria.

Individuos del Cuerpo de Prisiones velaron al enfermo, se interesaron por su salud y acompañaron el cadáver, y en celdas, en cuadras y en patios carcelarios y en hogares miserables manchados por el tatuaje del vicio y de la criminalidad, se ha llorado la muerte del hombre de bien, del apóstol de un ideal redentor.

ROBERTO CASTROVIDO

De jueves á jueves

El jueves pasado comenzaron su vida estas Cortes, sobre las que pesa la gitana maldición de que vivirán po-

co y morirán trágicamente. Comenzaron con crisis en puerta, que se resolvió el domingo, sustituyendo el conde de López Muñoz al de Romanones (á este Gobierno no se le caen los condes, los duques y los marqueses de las carteras) y el general Aizpuru al señor Alcalá Zamora.

A la primera sustitución, desde el punto de vista concentrado podríamos llamarle crisis fisiológica, y no hay para qué hablar de ella. Pero desde el mismo punto de vista, la segunda es una crisis patológica completamente, en que el señor Alcalá Zamora ha hecho de divieso indispensable de estirpar, porque segregaba cierta sustancia puesta en moda por el señor Cierva é incompatible con el decantado espíritu civil del Gobierno concentrado.

Esto viene á querer decir el Gobierno por medio de sus periódicos más ó menos oficiosos, aunque no lo haya dicho en el debate abierto en el Congreso sobre la crisis; pero lo cierto es que el pobre Alcalá Zamora no segrega nada que no sea perfectamente inocuo é incapaz de producir perturbación ninguna.

Bien es verdad que inocuos son en el problema de Marruecos todas las opiniones de los ministros. Si problema hay en España sobre el cual pueda tener sin perjuicio para la patria cada ministro una opinión distinta, es el problema de Marruecos; del mismo modo que se puede discutir con perfecta tranquilidad de conciencia si el espacio es recto ó curvo, finito ó infinito, pues como sea ha de quedarse, opinemos lo que opinemos y nos parezca mal ó bien. Sobre lo que está más allá de nuestra influencia, ¿qué más dá pensar una cosa ó otra?

La divergencia que ha dado motivo á la crisis es, á lo que parece, la siguiente: El señor Alcalá Zamora contempla el fenómeno inalterable de que no se repatrian tropas, y le parece bien; los demás ministros contemplan el mismo fenómeno inalterable, y les parece mal. Surgen, por intransigencias impropias de gentes que se llaman liberales, la divergencia y la crisis.

Y el fenómeno de la no repatriación, independiente de las opiniones y las voluntades ministeriales, sigue inalterable, como el globo navegaba por el piélagos inmenso del vacío independiente de que la Italia ciega premiasse á Galileo con un impío calabozo.

Porque en el debate sostenido ayer, lo único que quedó en claro es esto: que los ministros acuerdan en solemnes consejos repatriar fuerzas y las fuerzas no vienen.

¿Cuántos meses hace que llegó al Poder la Concentración con sus discursos y sus decretos pacifistas? Pues las tropas siguen en la línea de Tizzi-Asa, absurda si no es para un avance guerrero sobre Alhucemas, y donde

ha habido esta semana agresiones que nos han costado bajas, y donde seguirá habiéndolas.

Lo más cómodo es, sin duda alguna, cargar ahora todas las culpas sobre Alcalá Zamora y seguir trampeando otra temporada con la esperanza de la repatriación. Pero, ¿en qué quedamos? ¿No dijo Alba en el debate de ayer que el Alto Comisario obedecía, no al ministro de la Guerra, sino á acuerdos del Consejo?

¿Como es posible que varones tan sabios como hay en el Congreso no cazaran la contradicción? ¿O es que era la consigna formar el cuadro más ó menos disimuladamente alrededor del Gobierno, para guardarle de los fantásticos explosivos oratorios que iba á lanzar contra el banco azul el ex ministro de la Guerra?

Son ya muchos meses para no haber hecho nada. Una de dos: ó el Gobierno confiesa (y parece que confesaría la verdad) que Marruecos se rige por voluntades independientes de la suya, y es obvia la consecuencia de que hay que dejar el Poder; ó confiesa que se equivocó al ofrecer una paz que no puede implantarse, y hay que dejar el Poder también por haber fracasado en el punto principal del programa.

Claro que este es el dilema de la dignidad y de la seriedad. Pero queda fuera de él la solución de aguar tar se, poner buena cara á todo, y hacer juegos malabares con las palabras, aunque cada día, al sentarse los ministros en el banco azul, trasladan el paño la huella reciente de una bota de montar.

DESVARIOS

Recojo esta noticia en *Informaciones*, periódico monárquico:

«Valencia.—El concejal romanonista, señor Llagarria, pronunció un discurso en la sesión del Ayuntamiento, en el que aúdió á las fiestas celebradas últimamente con motivo de la coronación de la Virgen de los Desamparados, y dijo que, al pensar en el número de pobres que hubiera podido socorrerse con la céntesima parte del valor de la corona ofrecida á la Virgen, sentía rubor y vergüenza.

Asintió á estas palabras el señor Oller, concejal católico y miembro de la Comisión de fiestas, quien manifestó, que si la aristocracia y la nobleza, que tanto han derrochado estos días en joyas, no acuden á realizar actos de caridad, será cosa de ir á buscar esas alhajas y eses brillantes, y hasta requerir la cooperación de la Casa del Pueblo, si fuera preciso.»

Al principio, llevado de la irreflexión disculpable en mi corta edad y que tantas justas condenaciones me ha costado, me entusiasmé, á poco más, les endilgo un bombo á esos conceja-

les. Pero después despertó en mí el hombre sensato, que siempre debió preponderar, y ya he visto clara la abominable aberración en que dichos señores incurrieron.

¿Cómo! ¿Qué impiedad es esa? ¿Poner la coronación de una Sagrada Imagen, llamada por más señas *De los Desamparados*, á la satisfacción de las viles necesidades del populacho? ¿Están locos quienes tal imaginaron? Y dicen los muy atrevidos que sienten rubor y que será cosa de requerir la ayuda de la Casa del Pueblo para remediar no sé qué males y desaguisados. ¡Bah! No hay que hacerles caso. Ganas de darlas de revolucionarios. ¡Y con qué poca maña! Pues qué, ¿no ven los concejales citados como los verdaderos, los legítimos, los contras tados Ravacholes se conforman, se resignan cristianamente? Pues entonces ¿quién les mete á ellos en protestas extemporáneas é irreverentes á todas luces? Cuando los caudillos callan y el pueblo no se mueve ¿qué pitío tocan los oscurantistas en ninguna romería?

Claro que tienen en su pro el haber clamado por los que nada poseen y todo lo precisan, pero aún así no encontrarán fácil disculpa á su entrometimiento. Y sobre todo, señores míos, no vale ser inoportunos. Aprendan ustedes, imiten el tacto político, la habilidad, el desapasionamiento de los elementos avanzados, y verán cómo en lo sucesivo no se les ocurre protestar de que se emplee en alhajar para la Reina de los Cielos cantidades con cuya centésima parte pudieran remediarse las escaseces de la plebe.

Esos arranques equitativos y justos, sólo pueden ser aplaudidos por los lectores de este periódico impío que tengo el honor de publicar.

TEMAS ECLESIASTICOS

Los emboscados

Emboscados, ó, como dicen los americanos, agachados, son los que por medios ilícitos escapan al cumplimiento de sus deberes públicos, estando ausentes del lugar donde deben residir.

Emboscados llamaron en la guerra europea á los antipatriotas que escapaban del puesto de honor que les tenía señalado la patria.

La Iglesia española es un ocultadero de emboscados; las canonjías son una mezcla de negros; el Estado paga ciega mente multitud de prebendas á quienes no pueden cobrarlas ni por las leyes divinas, ni por las leyes humanas, ni por decoro siquiera.

Rigurosa es la legislación canónica sobre la residencia de los obligados á coro, imponiendo el deber de restitución de los emolumentos indebidamente percibidos. ¡Como si cantara! La ley y la moral son cosas arcaicas para muchos de nuestros prebendados, que hallan en el sofisma escolástico manera de burlar cínicamente todas las leyes del universo, sin que de

jen, por eso, de predicar, en ese tono uniforme, medio socarrón, medio hipócrita, que todos sabemos remedar, sin que dejen, digo, de predicar la santa obediencia, la sumisión, el cumplimiento de los deberes del propio Estado... y la obligación de pagar diezmos y primicias.

Y como yo no hablo de memoria, sino que cuando hablo me sobra la razón por encima de la coronilla, pondré algunos botones de muestra.

El penitenciario de Málaga tiene abandonado su puesto hace seis años, y anda con el obispo de Avila.

D. S. dignidades de Granada han residido y cobrado aquí desde el año de la Natividad; uno de ellos murió poco há; el otro lleva tales trazas de querer volver á ocupar su puesto, por el que le paga el Estado, que hace ocho años tiene abierto en Madrid un pensionado, que regenta personalmente.

El doctoral de Ceuta há diez años que se pasea por Madrid, y tres otro canónigo de la misma catedral.

El capellán del señor Gandáguai, arzobispo de Valladolid, es canónigo de La Granja.

En la Real Capilla hay un capellán que es canónigo de Urgel, y el Sr. Pacia, también capellán de Palacio, es canónigo de Tortosa, aunque éstos supongo que serán de los comprados en el artículo 19 del Concordato.

El colector de las Calatravas, en esta corte, es canónigo de Segorbe; el provisor de Madrid, señor Echevarría, es doctoral de Vitoria; el arcidiacono de las Palmas es provisor de Ciudad Real; el provisor y el secretario de Cámara del obispado de Santander, son canónigos de Calahorra.

El secretario particular del señor obispo de Madrid-Alcalá, del puritanísimo señor Melo, que me recomendó á mí que mire por mí alma..., es canónigo de Jaén, y no ha residido nunca allí...

El canónigo archivero de Málaga, muy integrista él, hace cuatro años que campea libre por la capital de la Monarquía...

Otro canónigo de Málaga se ha levantado un chalet en el Puente de Vallecas, para olvidarse de la simpática capital andaluza.

El magistral de Cádiz...

En fin, señores, que no tengo derecho á marear á mis pacientísimos lectores. Conste, pues, repito, que no hablo de memoria.

Sin embargo, una cosa les agrada á saber; que el gran emboscado es el eminentísimo señor cardinal Benlloch y Vivó, el cual, debiendo residir, según los cánones, por lo menos nueve meses en su diócesis, año ha habido en que no ha residido ni dos meses, y el cual no ha hecho todavía (horror!) la pastoral visita, gravísimamente obligatoria.

Y esos señores, ese alto clero, que se reparte las prebendas, cargos, sinecuras y todo lo bien remunerado, acumulando empleos que no pueden acumular, y dejando al clero bajo en el mayor abandono, obran con la mayor deliberación y á ciencia y conciencia de que quebrantan la ley. El clero bajo no tiene más recursos, en general, que la misa; esos señores, en cambio, aparte de la misa (siempre se reserva las de mayor estipendio), absorben dos, tres y más cargos bien remunerados que, debidamente repartidos, como mandan Dios y las leyes, harían la felicidad de todos los clérigos. Díganlo el señor Morán, con tres pingües empleos, que se pamos; el señor Gálzarza, con otros tres;

el señor Hughes, con cuatro; el señor Solé y Mercadé, con tres; etcétera. Muchos cobran varios sueldos del Estado, y para tapar la irregularidad hacen firmar á desdichados cabezas de turco. ¡Y eso que no tienen familia, cuyas apremiantes necesidades podrían tal vez excusarles del quebrantamiento de las leyes! Y no osjan de predicar la caridad, el desprendimiento, y que el Reino de Cristo no es de este mundo... ¡No es verdad, opulento señor Béjar! Está bien que cada cual busque lo que pueda con su trabajo particular dentro de su propio estado y misión; pero los cargos públicos, los cargos de la comunidad, no es lícito escapárselos...

Si el señor ministro de Gracia y Justicia necesita premiar mercedemente á clérigos esclarecidos, yo le señalaré un sínodo de huecos abandonados, á cuyo abandono se puede dar estado legal; si el Estado necesita amortizar plazas eclesiásticas, no es difícil señalar muchas que en la práctica no hacen falta, si hemos de atenernos á la conducta de prebendados y cabildos, que hacen la vista demasiado gorda...

Abusos de este linaje hay en el orden civil y militar; pero, como en el clerical, no hay ejemplo parecido...

Si se obligase á todos los emboscados á restituir, según en conciencia tienen obligación y lo saben ellos, cuanto indebidamente han percibido por incumplimiento de los deberes corales y residenciales; si se obligase á restituir á todos los simoníacos que detentan prebendas contra las leyes canónicas y su propia conciencia, tendría el Estado un ingreso de considerable magnitud.

JAIME TORREBLANO RIPOLL

Traslado de *El Sol* ese valiente artículo, para suplicar á mis lectores que se abstengan en adelante de felicitar-me por la campaña que he hecho para traer al clero al buen camino; pues ya ven que he perdido el tiempo.

A los cuarenta y tres años está el clero peor que cuando comencé á moralizarlo. Reconozco humildemente mi fracaso, y deseo que se me perdone en gracia á mi buena intención, y se me absuelva del pecado de orgullo en que incurri al creer que podría realizar una empresa tan imposible como la de Luzbel al rebelarse contra Dios.

Y va de cuento

Un inglés formó el propósito de descubrir las fuentes del Nilo, y provisto de dinero, mapas é itinerarios llegó á Zanzibar, de donde salió en busca de ellas.

Los negros que le acompañaban y habían jurado serle fieles, le abandonaron en el momento que más falta le hacían, mas él siguió valerosamente su camino á la ventura, muerto de hambre y sed y sin tropezar con sombra humana, hasta que una tarde, y cuando estaba próximo á sucumbir, divisó á distancia un par de negros.

Se dirigió en derechura á donde estaban, y al llegar á su lado observó que se distraían con un juego parecido al de los dados, y tan profundamente

abstraídos, que apenas si advirtieron su presencia.

Como siempre que se ve jugar, aunque sea a personas desconocidas, el sabio se interesó por uno de los negros, disgustándose mentalmente cuando la suerte le era contraria y alegrándose cuando le favorecía.

Ganó por fin aquel por quien se interesaba, y al felicitarle efusivamente, preguntóle por la prenda arriesgada en el juego; á lo que respondió el negro con la mayor naturalidad:

—Mi compañero y yo vagábamos por estos lugares sin encontrar nada con que acallar el hambre. cuando vimos á lo lejos á usted. «Allí viene un blanco», nos dijimos con la mayor alegría; vamos á echarlo á la suerte, y al que ella se lo dé, el estómago se lo agradezca.» Gracias por el interés que se ha tomado usted en favor mío, y tenga la bondad de acompañarme á mi choza, donde servirá de alimento á mi familia.

La España actual se asemeja al sabio que buscaba las fuentes del Nilo, y el desierto en que se extravió al campo monárquico.

¿Debe el pueblo interesarse por alguno de los jugadores políticos, estando convencido de que cualquiera que gane ha de serle tan perjudicial como el otro?

No.

JOSÉ NAKENS

De pillo á pillo

Ni nunca lo supe yo, ni hace á la esencia del cuento precisar aquí el momento ni el sitio donde ocurrió.

Sea Ampudia ó Zaratán, en cualquiera parte es buena. Personajes en escena: un cura y un sacristán.

Ni uno ni otro es un bolonio, que en el pueblo se asegura que anda en la iglesia el demonio siempre que en ella está el cura, pues, siempre dado á los diablos, no cesa de meter bulla, y ni deja en paz casulla, ni vírgenes, ni retablos, ni hay imágenes bien puestas, pues todo lo encuentra mal; así que anda siempre á cuestras con la corte celestial.

Es el sacristán un pillo travieso y enredador, que le llaman el diablillo de la casa del Señor, pues es ya costumbre vieja que cuando el templo está el vino que el cura deja no vuelve á parecer ya.

Así que éste con aquél, y aquél con éste á porfía, hacen de la sacristía una pequeña Babel.

Pero una vez sucedió que entre burlón ó mohino al ver que faltaba el vino el sacerdote exclamó:

—Falta el vino y no el aceite, porque aquí anda una lechuza que halla en el jarro un deleite mucho mayor que en la alcuza.

Esto observo más de un día y prefiero, á no dudar, que se me quede vacía la lámpara del altar.

Pues ha de causar horror á aquel que llegue á saber que hay quien viene aquí á beber la sangre del Redentor.

Frunció el ceño y llamó el cura, bajó el muchacho la frente, y con la voz insegura como aquél que peca y miente, exclamó: Padre, perdón: no aumente usted más mi susto; yo lo bebo, y no por gusto; lo bebo... ¡por devoción!

LINO G. ANSÓTEGUI

CUENTO

Paseábase un día el buen Dios lentamente con el gran Pedro, y de camino iba hablando con su boca de oro de Eva, nuestra madre, y del padre Adán.

De pronto vieron cerca del sitio por donde caminaban dos personas que reñían. ¡Vaya unos golpes! Era de ver cómo se sacudían el polvo. Entonces el buen Dios, lleno de compasión hacia los desgraciados que se maltrataban, dijo á Pedro:

—Uno de los dos es más fuerte que el otro y lo matará. Ve en seguida y sepálos. Anda, corre.

En dos brincos el bravo San Pedro alcanzó á los combatientes, y con estupefacción vió que una mujer muy hermosa y Satanás eran los que se vapuleaban.

—¿Qué es eso?—dijo—. ¡Qué maravilla que no estéis de acuerdo, y que, os peguéis tan fuerte!

—¡Anda! ¿Qué quiere el viejo? ¿Dónde se mete? ¿Qué le importa, si así nos place?—respondió Satanás—. Sigue tu camino ó te embisto... ¿Qué tienes que ver con esto? Lárgate y pronto.

¿Y qué dijo la mujer? Pues otro tanto.

Pedro, que empezaba á amoscarse y á no ver claro, sacó de la vaina su sable, que brillaba al sol; y para acabar con aquella batalla, apretando con furia los dientes, corrió hacia ellos, descargó el golpe, y en un abrir y cerrar de ojos cortó á ambos la cabeza. Los dejó allí, anegados en sangre, y volvió á reunirse con el buen Dios.

—¿Se han separado ya?

—Como convenía, maestro.

—¿Los has dejado conformes?

—No podrían estarlo más que ahora.

—¿Te has hecho daño? ¿Qué tienes en esa mano?

—Un poco de sangre.

—¿Tan encarnizados estaban?

—Tanto, que al ver lo insolente que estaba el diablo, pues era él, y á la mujer tan provocativa, tuve miedo y les corté la cabeza.

—¡Cortarles la cabeza! ¡Eso es abominable! Debieras haber sido prudente... ¡Anda, desgraciado, anda á reparar el mal que has hecho!... Estás loco, por fuerza.

—¿Y qué es lo que hay que reparar? Nada puede hacerse; todo lo que se intentara serviría de poco. Están muertos.

—¡Siempre serás el mismo descreído! ¿Quién manda aquí, veamos; tú ó yo? Es preciso que se cumpla lo que Dios ordena. Menos razones, Pedro: obedece y calla.

Obedeció Pedro. Curó el mal lo mejor que pudo, sólo que cometió el siguiente error: equivocó las cabezas, ¡cosa imperdonable! Puso á la mujer la del diablo y la del diablo á la mujer.

Y ved aquí por qué, sin hablar de otros motivos, las mujeres tienen, desde entonces, tan mala cabeza.

DE ROUMANILLE

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR A EL MOTIN

José Roig, 3 pesetas; José Cuadrat, 1; Francisco Arnau, 0'50; Antonio Llombart, 1; Agustín Cardona, 2; Agustín Segarra, 1; José Ferré, 1; José Piqueras, 1; José Sabaté, 2; José Cabanes, 1; Joaquín Gaya, 3; Emilio Morella, 1; Francisco Cid Also, 1. (Todos de Santa Bárbara.)
Diego Peñas, Adamus, 0'50 céntimos; Francisco Reyes, ídem, 0'50.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Adamus.—Diego Peñas, Abonada la suscripción á fin Agosto 1923.

Ídem.—Francisco Reyes, íd. á fin Enero 1923.

Villanueva de la Concepción.—Antonio Palomo, íd. á fin Marzo 1924.

Eibar.—Agrupación Republicana, Recibido su giro de 47 pesetas á su cuenta.

Jáén.—José Mediarlo, íd. de 30; conforme.

Sevilla.—Francisco Guerrero, íd. de 127; conforme.

Morón.—Manuel Plaza, íd. de 1'50; conforme.

Alayor.—Rafael Juanico, íd. de 14; á cuenta.

Peñaranda, Gonzalo Hernández, íd. de 6; para qué?

Barcelona.—José Ferrer, íd. de 100; á su cuenta.

Zafra.—José Gordillo, íd. de 10; á su cuenta.

Montijo.—Francisco Zambrano, íd. de 3'80; conforme.

Imp Juan Pérez.—Pasaje de Valdecilla, 2.—Madrid.